

LAS EXEQUIAS COMO UNA EXPERIENCIA EVANGELIZADORA

La muerte de una persona amada, y de un modo especial su despedida, es una de las experiencias más intensas que se pueden vivir. Se mezclan muchos sentimientos que provocan el planteamiento de los interrogantes más decisivos: qué es la persona, cuál es el sentido de la muerte, la existencia de otra vida.

La celebración de las exequias es un momento privilegiado de la evangelización, para ofrecer el consuelo y esperanza cristiana que vienen de Jesucristo anunciando la muerte y resurrección del Señor. Este anuncio constituye el núcleo de la fe cristiana, y son precisamente las exequias las que deben manifestar con claridad la fe en la resurrección y en la esperanza cristiana en la vida eterna. Y no solo a los familiares, sino también a todos los asistentes a las celebraciones.

En cuanto al lugar de la celebración, hay que notar que hay diferencias entre el territorio. En los núcleos urbanos, la presencia de los tanatorios ha propiciado que las exequias se celebren mayoritariamente en sus instalaciones. En cambio, en el ámbito rural, las parroquias continúan siendo el lugar habitual de las celebraciones.

A pesar de que las exequias no se pueden programar con demasiado tiempo y pueden anular o interrumpir las agendas o planes personales o parroquiales, debemos ser conscientes de que se trata de una clara oportunidad pastoral; conocer una familia que, *a priori*, estarán receptivos en nuestro encuentro,



que pueden estar abiertos a escuchar una palabra especial o una respuesta a sus dudas sobre el sentido de la vida y de la muerte. Es importante tener interés por cómo la familia está viviendo la muerte del difunto según las diferentes circunstancias, y tenerlo muy presente durante la celebración. A la vez, habrá que mostrarles nuestra empatía y acompañarles en su duelo, transmitiendo la esperanza de la resurrección.

Para preparar la celebración, lo ideal sería tener un encuentro con la familia el día antes de la celebración exequial. En este encuentro, no solamente se podrán tener los datos básicos del difunto y otros de interés, como las circunstancias de la muerte, aspectos destacables del difunto o la relación con la familia, sino que a la vez será una oportunidad para hablar con tranquilidad con los familiares, y eso creará una nueva relación de confianza entre ellos y el propio celebrante.

Es cierto que las exequias no deben ser un panegírico ni una beatificación del difunto. Sin embargo, esto no es incompatible con que la familia, los amigos o el mismo celebrante quieran expresar o destacar lo más positivo y característico del difunto. Tratar algunas características del difunto es propio de una celebración de despedida, sin caer en extremos ni exageraciones. Esto se puede hacer sin dejar de anunciar el *kerygma* cristiano, la misericordia de Dios, la vida eterna y pidiendo perdón por los pecados del difunto.

Hay que tener presente que el único momento de despedida formal y comunitaria de que dispone una familia para despedir a su familiar es precisamente este. A la práctica no hay otro momento. Por eso es necesaria cierta flexibilidad, sabiendo encontrar el lugar para cada cosa. Quizá habrá situaciones en que se deberá diferenciar la celebración; después de esta, pueden tener lugar otros parlamentos o músicas.

También hay que cuidar el lenguaje: que sea cercano, evitando fórmulas excesivamente formales que puedan parecer demasiado tópicas y vacías de contenido; velar por la música y, sobre todo, la acogida de todos los presentes.

En algún momento de la preparación de la celebración es importante ofrecer a las familias la posibilidad de celebrar una misa funeral en la parroquia,

como un momento de poder vivir la oración con más serenidad pasados unos días. A la vez, será una oportunidad para los que no pudieron asistir a la celebración exequial. Este segundo encuentro es muy interesante en el ámbito pastoral, ya que no hay la carga emotiva de los primeros días, y la familia puede estar muy receptiva.

Finalmente, una imagen que nos puede inspirar sobre cómo tratar y enfocar las exequias es el episodio evangélico de la resurrección de Lázaro. En este pasaje leemos que Jesús es precisamente quien toma la iniciativa de ir a casa de Marta y María por la muerte de su amigo Lázaro: «Y ahora vamos a su encuentro»; que Jesús es quien se conmueve cuando ve el dolor de sus amigas Marta y María. Jesús anuncia la nueva vida: «Yo soy la resurrección y la vida». Anima a creer y confiar en él: «¿Crees esto?». Y, finalmente, resucita a Lázaro: «Lázaro, sal afuera».

Acompañar a las familias en el momento de la muerte de un ser amado es una de las grandes oportunidades evangelizadoras de que disponemos. A pesar de la secularización de nuestra sociedad, aún hay mucho margen para poder trabajar pastoralmente en este ámbito. Y como cristianos, deberemos anunciar la pasión, muerte y resurrección de Cristo, que es el mensaje de salvación para toda la humanidad.

CARLES CAHUANA